

**H**abía una vez un rey y una reina muy ricos que tenían todo lo que deseaban, excepto hijos. Y la reina se quejaba día tras día, diciendo:

-Soy como un campo en el que nada crece.

Al fin atendió Dios a sus deseos; pero el niño, al venir al mundo, no parecía un ser humano, sino un borriquito. Cuando la madre lo vio, comenzó de verdad con sus gritos y lamentos: antes prefería no tener hijos que un burro, por lo que habría que arrojarlo al río para que fuese pasto de los peces. Mas el rey dijo:

-No, si Dios me lo ha dado será mi hijo y mi heredero, ocupará el trono después de mi muerte y se ceñirá la corona real.

Así que el burrito fue criado y creció, y crecieron también sus orejas, primorosamente altas y largas. Por lo demás, era de natural alegre y retozón; le encantaba jugar y sentía una inclinación particular por la música, tanta que fue a ver a un famoso músico y le dijo:

-Enséñame tu arte, para que pueda llegar a tocar el laúd tan bien como tú.

-¡Ay, mi pequeño señor! -respondió el músico-, difícil va a resultaros; vuestros dedos no están hechos para ello, amén de que son demasiado grandes; mucho me temo que las cuerdas no resistan.

Pero de nada le sirvieron sus excusas: el burrito quería y tenía que tocar el laúd, fue perseverante y aplicado y, finalmente, llegó a dominar el instrumento tan bien como su maestro.

Un día salió el pequeño señor de paseo; iba pensando en sus cosas cuando llegó a una fuente; entonces se miró en el agua y vio su figura de asno. Quedó tan consternado por ello que se fue a recorrer el ancho mundo, acompañado tan sólo por un fiel compañero. Erraron de aquí para allí y llegaron, finalmente, a un país gobernado por un anciano rey que sólo tenía una hija, aunque de extraordinaria belleza. El burrito dijo entonces:

-Aquí pasaremos algún tiempo.

Y luego llamó a la puerta y gritó:

-Tenéis un huésped fuera; abrid para que pueda entrar.

Y como nadie les abriera, se sentó y se puso a tañer dulcemente el laúd con sus dos patas delanteras. Entonces el centinela abrió desmesuradamente los ojos, corrió a ver al rey y le dijo:

-Ahí fuera se encuentra un joven borriquillo que está tocando el laúd como un maestro consumado.

-Haz pasar al músico, entonces -ordenó el rey.

Pero, al ver que se presentaba un borriquillo, todos los presentes se echaron a reír burlándose del músico y de su laúd. Pretendieron entonces que el burrito comiese con los siervos, pero éste se negó diciendo:

-No soy un borriquillo común de los establos, sino un noble.

-Si eres lo que afirmas -le dijeron-, siéntate entonces con la gente de armas.

-No -replicó-, quiero sentarme junto al rey.

El rey se echó a reír y dijo de buen humor:

-Bien, sea como pides, borriquillo y siéntate a mi lado.

Y luego el rey le preguntó:

-Dime, borriquillo; ¿qué te parece mi hija?

El burrito se volvió a mirarla, la contempló, hizo un gesto de aprobación y dijo:

-Bella sobremanera; es tan hermosa que nunca he visto cosa igual.

-Bien, entonces siéntate también a su lado -dijo el rey.

-¡Me place! -dijo el burrito.

Y se puso al lado de la princesa y comió y bebió y supo dar muestra de exquisitas y corteses maneras.

Cuando había pasado ya una buena temporada en la corte de aquel rey pensó el animalito: «¿De qué te sirve todo esto?; has de regresar». Y, con la cabeza gacha, se presentó ante el rey para pedirle que le dejase marchar. Pero el rey le había cobrado afecto y le dijo:

-Burrito, ¿qué te pasa? Pones tal cara que más pareces una botella de vinagre. Quédate conmigo y te daré lo que me pidas. ¿Quieres oro?

-No -respondió el borriquillo meneando la cabeza.

-¿Quieres lujos y alhajas?

-No.

Entonces el rey habló así:

-¡Si supiese cómo satisfacerte! ¿Quieres por mujer a mi hermosa hija?

-¡Oh, sí! -exclamó el burrito-; eso sí me gustaría mucho.

E inmediatamente se puso alegre y de buen humor, pues tal era precisamente lo que tanto había deseado. Así que se celebraron grandes y pomposas nupcias. Por la noche, una vez los desposados fueron conducidos a su alcoba, quiso el rey saber si el burrito sabría comportarse con decencia y corrección, y ordenó a un criado que se ocultara allí. Cuando la pareja entró en la habitación el desposado cerró con cerrojo la puerta, miró a su alrededor y, convencido de que estaban solos, se despojó de repente de su piel de burro, convirtiéndose en un hermoso y joven príncipe.

-Ahora que ves quién soy -dijo-, verás también que no era indigno de ti.

Entonces la recién casada se alegró, y le besó y le quiso

muchísimo. Pero al llegar la mañana se levantó el joven y se vistió de nuevo con su piel de animal, de manera que nadie habría podido sospechar quién se ocultaba bajo ella. Pronto apareció el rey.

-¡Hola! -exclamó-; ¡ya está despierto el borriquito! Pero tú debes de estar triste -prosiguió, dirigiéndose a su hija- por no tener como esposo a un hombre como es debido; ¿no es verdad?

-¡Oh, no, querido padre!; le quiero tanto como si fuera el más hermoso de los hombres, y deseo estar con él toda mi vida.

El rey quedó sorprendido; pero el criado que había estado allí oculto le reveló todo.

-Eso no puede ser verdad -replicó el rey.

-Montad guardia vos mismo esta noche y lo veréis con vuestros propios ojos; y ¿sabéis una cosa, Vuestra Alteza?: quitadle la piel y echadla al fuego; así tendrá que mostrar su verdadera figura.

-Tu consejo es bueno -dijo el rey.

Y por la noche, mientras la pareja dormía, entró furtivamente en la alcoba; se acercó a la cama y, dormido en ella, vio a la luz de la luna a un apuesto joven; la piel estaba tirada en el suelo. La cogió, mandó encender fuera un gran fuego y que se arrojase en él la piel. Y no se movió de allí hasta que la vio convertida en cenizas. Deseoso de ver qué haría el despojado príncipe al levantarse, se pasó toda la noche en vela escuchando con atención. El joven se despertó con los primeros rayos de la aurora, se levantó y quiso ponerse su piel de asno, pero no pudo encontrarla. Entonces se dijo, consternado y lleno de miedo:

-Ahora no tengo más remedio que huir.

Al salir se encontró con el rey, que le dijo:

-¿Dónde vas tan presuroso, hijo mío?, ¿qué intenciones tienes? Quédate aquí, que un hombre tan hermoso no ha de separarse nunca de mi lado. Te daré ahora la mitad de mi reino y, cuando muera, todo él será tuyo.

-Pues bien -dijo el joven-, yo sólo deseo que lo que tuvo un buen principio tenga también un buen fin. Me quedo con vos.

Entonces el anciano le regaló la mitad de su reino y, cuando murió al cabo de un año, el reino completo; y al morir su padre se le añadió el otro; y vivió en la mayor riqueza.